



IDENTIDAD, AUTONARRATIVAS Y AUTOBIOGRAFIA

I. Introducción

En este documento vamos a plantear nuestro pensamiento preliminar acerca de la autobiografía. No pretendemos que ésta sea la versión completa o final de nuestro pensamiento acerca de este tema. Más bien, queremos estimular nuestras conversaciones y las tuyas en esta área, orientar su lectura, su participación en los ejercicios escritos y su interacción como grupo.

Etimológicamente autobiografía significa “escribir acerca de nuestra propia vida”. Aquí vamos a decir algo acerca del “sí - mismo”, acerca de cómo producimos nuestras identidades cuando escribimos sobre nosotros mismos o la forma en que hemos vivido nuestra vida. Haremos esto en el contexto de la práctica que llamamos realizar autonarrativas, tanto orales como escritas. Vamos a considerar en qué forma autonarrativas tales como las autobiografías, diarios de vida y otras, juegan un rol al convertirnos en observadores y diseñadores de nuestras vidas.

II. Autonarrativas

Si reflexionamos por un momento, todos reconoceremos que nos involucramos en una práctica que llamamos autonarrativa. Por autonarrativa queremos decir que se trata de la práctica de contar historias acerca de nosotros mismos. Las contamos constantemente tanto a nosotros como a otros. Por ejemplo, podemos recitar mentalmente lo que hicimos en el día de hoy o recordar una conversación o acción en que nos vimos envueltos unos días atrás; o tal vez le contemos a un amigo que hicimos esto o aquello o acerca de lo que nos sucedió en alguna situación en la cual nos encontramos. Alternativamente, en vez de tratar algún incidente u ocasión particular, podemos relatar los eventos de nuestras vidas a lo largo de períodos amplios de tiempo. A veces, en vez de hablar estas narrativas las escribimos en alguna carta a un amigo, en un diario que mantenemos, o en nuestra autobiografía.

Lo que estas diversas formas de autonarrativa - escritas y habladas, largas y cortas, dirigidas a otros o solamente a nosotros mismos - tienen en común, es que todas constituyen conversaciones acerca de nosotros mismos. Al involucrarnos en esta práctica, frecuentemente lo hacemos para impartir un mayor sentido de unidad y coherencia a nuestras vidas. Revisamos lo que hemos dicho o hecho, o lo que nos ha sucedido, para hacerlo más inteligible ante nosotros y otros.

En estas autonarrativas, normalmente damos razones para nuestras acciones o para lo que nos ha sucedido. Decimos que nos hemos enojado porque alguien nos insultó, o que fallamos en el examen de matemáticas porque no estudiamos lo suficiente. También tratamos de calzar nuestras acciones con un contexto social o histórico más

amplio. Por ejemplo, podemos decir que no nos casamos en un determinado período de nuestras vidas, ya que en esa época la gente más bien prefería vivir junta, o que todos los días a las cinco de la tarde tomamos té porque nuestros padres son ingleses. También explicamos lo que hemos hecho evaluándonos cuando decimos, por ejemplo, que escogimos la ingeniería como área de estudios porque éramos buenos para las matemáticas en la escuela secundaria.

En nuestra vida cotidiana, continuamente componemos y recomponemos estas historias. Esta práctica de autonarrativa es tan omnipresente que apenas estamos conscientes de ella, si es que lo estamos del todo, de tal manera que nos mantenemos ciegos a su importancia. Sin embargo, estas historias que producimos acerca de nosotros, inevitablemente forman parte del trasfondo a partir del cual desarrollamos nuestros intereses, nos evaluamos, actuamos y hacemos nuestros planes para el futuro.

Algunas de nuestras autonarrativas son nuevas, otras bastantes antiguas - historias que nos contamos desde la infancia. Por ejemplo, un juicio que hacemos repetidamente acerca de nosotros, la mayoría de las veces puede estar basado en una historia que nos contamos repetidamente. Por ejemplo, “no somos buenos para leer porque fallamos en el tercer grado”.

Algunas de las historias más viejas que nos contamos, provienen de narrativas familiares. Decimos que heredamos el talento musical del abuelo, que somos de un partido político porque nuestra familia lo ha sido del mismo durante tres generaciones, o que siempre pasamos las vacaciones en el campo porque es una costumbre familiar.

En nuestras autonarrativas a veces interpretamos que algún evento en particular fue especialmente importante en la formación de nuestra identidad. Por ejemplo, decimos que tomamos una decisión clave acerca de nuestra carrera o nuestra educación, sobre la base de un evento fortuito: un encuentro con una antigua amistad, una conversación con un profesor o la lectura de un libro con el cual nos encontramos.

Como seres humanos, entonces, estamos constantemente inventando, repitiendo y cambiando una multiplicidad de narrativas acerca de nosotros mismos. En otras palabras, estamos componiendo siempre la historia de nuestra vida, aún cuando de hecho no la escribamos en un diario o a modo de autobiografía.

Como ya hemos dicho, normalmente no estamos conscientes de cuán constantemente nos involucramos en esta práctica de autonarrativa. Estamos poseídos por nuestras historias, sin reconocer la forma en que determinan nuestro

horizonte de posibilidades - nuestros pensamientos, nuestras conversaciones, nuestras acciones relacionadas con el futuro. Esta ceguera tiene consecuencias importantes sobre la manera en que concebimos nuestro “yo”. Cuando no reconocemos el rol que estas historias juegan en nuestras vidas, llegamos a creer que, como seres individuales, somos libres de escoger en todo momento lo que haremos, planificaremos o diremos, actuando como si el ámbito de posibilidades para nosotros fuera infinito.

III. El “Yo”

Por un momento consideremos la forma en que ha evolucionado, durante los últimos dos mil años aproximadamente, nuestra concepción de sentido común del “yo”. Nuestro sentido común del “yo”, nos lleva a vernos en tanto seres humanos, como poseedores de un “yo” interior que es independiente de nuestro cuerpo y de nuestra historia. A este “yo” tendemos a atribuirle un tipo de existencia incorpórea, que vemos como constitutiva de nuestra identidad única como individuos. Consideramos a este “yo” como algo permanente, capaz de cambiar sólo lentamente (si es que puede cambiar del todo) y, por sobre todo, como algo privado. De hecho, tendemos a verlo como la parte más privada de nosotros mismos, que podemos esconder completamente de los demás si así lo deseamos. Frecuentemente constituye para nosotros un espacio interior, independiente de toda realidad externa, y a partir del cual podemos observar transcurrir al mundo.

Nosotros sostenemos en este texto que no existe este “yo” interno.

Ahora vamos a reconstruir de una manera diferente esta concepción del sentido común del “yo”. Decimos que ella es el producto histórico de Occidente y que no es universal para todas las épocas y las culturas. En esta reconstrucción vamos a hacer dos cosas. Primero, vamos a argumentar en contra del punto de vista que concibe el “yo” como un ente privado, incorpóreo y ahistórico. Segundo, en su lugar, vamos a desarrollar una forma de observar nuestras capacidades de crear una identidad individual para nuestra coordinación del hablar y de la acción con otros, en espacios evaluativos públicos.

Fundamentaremos nuestra argumentación, en lo asumimos que es el sentido común del “yo”, en nuestra teoría de discursos históricos.¹

IV. Discursos Históricos

¹ Este tema de los discursos históricos ha sido desarrollado más ampliamente en el documento “Ontological Reconstruction”, Fernando Flores and Michael Graves. Logonet, 1986.

Nuestra declaración central es que los seres humanos nacemos y vivimos en los discursos históricos. Somos poseídos por discursos que ya existen antes de nosotros y que continuarán después que estemos muertos. Estos discursos están constituidos por conversaciones recurrentes, textos históricos, prácticas estándares, instituciones, expectativas acerca del futuro. Estos discursos dan vida a las preocupaciones en las que los seres humanos nos encontramos involucrados; desde ellos se configuran los intereses que nos encontramos persiguiendo, aún antes que nos demos cuenta que lo estamos haciendo. Generamos nuestros intereses y posibilidades en cualquier dominio de nuestras vidas desde los discursos en que vivimos, y no como normalmente imaginamos desde las actividades internas de un "yo" privado y "ahistórico".

Consideremos como ejemplo el dominio de preocupaciones e intereses de la familia. Cada uno de nosotros vive en una variedad de discursos en este dominio, formados por diversos estándares, prácticas y tradiciones, de carácter nacional, étnico o institucional. Estos discursos definen lo que es ser considerado un "buen" miembro de la familia. Determinan, por ejemplo, las expectativas de la familia respecto a cómo comportarse en los cumpleaños, festividades religiosas o nacionales, nacimientos, muertes y otras ocasiones humanas significativas. El no cumplimiento de estas expectativas nos hace vulnerables a una evaluación negativa por parte de nuestros familiares.

Supongamos que estamos asistiendo al funeral de un pariente. En este país, se espera que mostremos nuestro duelo con un comportamiento triste y solemne. Si nos mostráramos alegres o si aparecemos disfrutando de la ocasión, esto constituiría una grave ofensa. En Irlanda (o en familias de origen irlandés), por el contrario, el velatorio funerario es considerado como una ocasión para disfrutar abiertamente de la comida y de la bebida, reírse y bailar; lo cual es aceptado e incluso estimulado.

Los seres humanos compartimos los mismos tipos de dominios de intereses y preocupaciones humanos. Sin embargo, dentro de estos dominios, participamos en discursos históricos muy diferentes. Nuestra ilusión de poseer un "yo" interior, privado y "ahistórico" vive en nuestra omnipresente ceguera para ver cómo somos poseídos por una multiplicidad de discursos. No reconocemos que nuestros intereses y prejuicios, nuestras acciones, nuestros juicios y planes para el futuro, están determinados por el horizonte de posibilidades constituido por los discursos en los cuales vivimos. En vez de eso, nos creemos completamente libres en cualquier momento para hablar, actuar e inventar nuevas posibilidades, sin considerar nuestras circunstancias históricas o tradiciones. En nuestras conversaciones interiores más profundas, nos decimos que podemos hacer y decir cualquier cosa que queramos, dejando de lado el pasado y el presente, para emprender un nuevo camino.

Sólo cuando nos constituimos en observadores de nuestros discursos históricos, podemos empezar a modificar el horizonte de posibilidades en el cual podemos inventar nuestras vidas. Como veremos en un momento, escribir un diario o una autobiografía es una de la maneras más efectivas en que podemos transformarnos en observadores de los discursos que somos, abriéndonos así la oportunidad de comenzar a diseñar nuestro futuro en vez de caer en él. Antes de volver a examinar estos tipos de escritura, queremos decir algo más acerca de la identidad de las personas.

V. Identidad Pública

Haremos una distinción entre el sentido común, por una parte - que nos hace creer que poseemos un “yo” interior “ahistórico” - y la interpretación que establece que producimos una identidad para nosotros. Hemos estado oponiendo argumentos a la interpretación del “yo” como una identidad privada, permanente, “ahistórica”, que “expresamos” en nuestras palabras y acciones. En lugar de esto, vamos a hablar de generar una identidad para nosotros, en nuestras conversaciones y acciones. En esta interpretación nuestra identidad es tanto pública (compartida), como histórica.

En forma contraria al sentido común, decimos que no construimos nuestras identidades solos. No somos los únicos inventores de nuestras identidades, ni tenemos la libertad de modificarlas como y cuando lo deseamos. En nuestras conversaciones con nosotros mismos - nuestras autonarrativas, incluyendo el relato de nuestro pasado, nuestros juicios y planes para el futuro - podemos declarar nuevas posibilidades, abriendo nuevas y cerrando viejas posibilidades. En la medida que observemos más claramente los discursos históricos en los cuales están insertas estas autonarrativas, seremos más efectivos para hacer esto. Declaramos también que es importante reconocer que al declarar nuevas posibilidades para nosotros, estamos solamente estableciendo una dirección en la cual podemos, iniciar la construcción de una identidad para nosotros. PRODUCIMOS UNA IDENTIDAD EN LA DANZA DE CONVERSACIÓN Y ACCIÓN EN LA CUAL NOS INVOLUCRAMOS CON OTROS, EN EL ESCUCHAR DE NOSOTROS COMO POSIBILIDADES QUE GATILLAMOS EN ELLOS Y EN RESPUESTA A ESE ESCUCHAR. En otras palabras, producimos nuestra identidad, no en nuestro “ser interior”, sino en la red pública de conversaciones en la que participamos, la cual está inserta en una multiplicidad de discursos históricos y que está cambiando constantemente a través de nuestra participación y la de otros y en nuestras mutuas respuestas a dicha participación.

Al hablar de esta manera, no queremos decir que nuestra identidad no persiste a través del tiempo, o que se crea de nuevo en cada conversación. La red de

conversaciones en la cual participamos ya existe en un trasfondo histórico de prácticas, instituciones e intereses compartidos. Al participar en esta red inevitablemente nos involucramos en conversaciones recurrentes y prácticas que provocan quiebres y juicios recurrentes. Al mismo tiempo, aún cuando persisten nuestras identidades, también cambian; en parte a través de nuevas posibilidades que declaramos para nosotros en la conversación, en parte como respuesta a nuevas conversaciones en la red, incluyendo aquellas que nosotros no hemos iniciado o de las cuales ni siquiera estábamos conscientes.

Considere los siguientes ejemplos como ilustraciones de lo que estamos diciendo. Por algunos años ha estado emergiendo un discurso relacionado con el llamado estilo de vida "yuppie". Supongamos que Ud. se identifica con este estilo de vida. Entonces, su identidad en dominios tales como la sociabilidad, pertenencia, carrera, dinero, etc., se construye alrededor de conversaciones en las cuales entra y en las que realiza acciones en estos dominios, en el escuchar que éstas provocan en su familia, amistades y colegas de trabajo y su respuesta a su interpretación de dicho escuchar. Por otra parte, tal vez Ud. no se identifica a sí mismo como "yuppie", pero sus acciones - comprar un BMW, afiliarse al club local de yates, enviar a sus hijos a un colegio privado - producen este juicio en los otros. Entonces, ésta es la identidad que usted tiene con ellos, cuando está en conversaciones con ellos en los dominios que hemos indicado, aún cuando Ud. no ha participado en sus conversaciones que lo enjuician como "yuppie" y Ud. no tiene este juicio sobre Ud. mismo. En otras palabras, su identidad está siendo construida en conversaciones que suceden alrededor suyo, incluyendo aquellas de las cuales no está consciente.

Consideremos una tercera alternativa. Ud. se declara a sí mismo que va a ser un "yuppie". Esto abre una dirección para que usted inicie un nuevo horizonte de acciones y conversaciones posibles. Pero mientras Ud. no se involucre en estas acciones y conversaciones, no ha producido esta identidad para usted en el escuchar de los otros. Su identidad no es asunto de una declaración privada. Ud. construye su identidad en acciones y conversaciones públicas.

Considere un ejemplo ligeramente diferente: suponga que ha estado alejado de su familia por varios años. En su ausencia, han continuado las conversaciones acerca de Ud. Estas incluyen los juicios, expectativas, preocupaciones sobre usted, etc. De modo que cuando regresa se incorpora a una red de conversaciones en la cual han construido una identidad para usted, aún cuando no estaba participando en esas conversaciones y podría no saber que se estaba llevando a cabo. Esta identidad podría ser muy diferente de la que Ud. se ha estado construyendo en otra red de conversaciones. Por ejemplo, su familia puede creer que Ud. se ha sofisticado socialmente después de trasladarse a la gran ciudad, mientras sus colegas de

trabajo aún lo consideran un muchacho del campo. No hay un “yo”, interior único que constituye su “verdadera” identidad. Más bien, su identidad en cada comunidad - ciudad y familia - se desarrollará a partir de la danza de conversaciones en la cual participa y que suceden alrededor suyo en cada comunidad.

VI. Narrativa Autobiográfica y Narrativa del Diario de Vida

Con el trasfondo establecido, relacionado con la identidad y autonarrativas, estamos en posición de hacer breves comentarios acerca de la autobiografía. Nuestro objetivo aquí, es estimular su pensamiento acerca del tema.

De acuerdo con lo que ya hemos observado, los seres humanos participamos en la práctica de autonarrativas casi continuamente. La mayor parte de las veces caemos en esto, sin darnos cuenta de que estamos produciendo una historia acerca de nosotros mismos. Al respecto, escribir un diario o una autobiografía es diferente. En ambos casos estamos explícitamente conscientes del objetivo de producir una narrativa de parte de nuestras vidas.

VII. Distinguimos dos Formas de Escritura Autonarrativa.

Al escribir un diario, típicamente escribimos para nosotros mismos, constituimos tanto el autor como el lector (aún cuando algunas personas a veces publican su diario de vida, y puede que lo previeran así desde el principio, de manera que es una suerte de autobiografía). También nos restringimos habitualmente a relatar eventos y sucesos muy recientes, incluyendo nuestras acciones y conversaciones, con frecuencia para cada día.

Escribir un diario puede proveernos con una oportunidad de observar las redes sociales de conversaciones en las cuales participamos, y vemos como nuestras identidades son construidas en los diversos dominios dentro de estas redes. Podemos observar conversaciones y quiebres recurrentes asociados a éstas, reconocer conversaciones faltantes, descubrir conversaciones privadas que tenemos con nosotros mismos, que no se encuentran fundamentadas en ningún escuchar público que estamos provocando y especular acerca de nuevas conversaciones que podemos tener como manera de iniciar el rediseño de la identidad pública que estamos produciendo para nosotros mismos.

En la autobiografía, normalmente miramos hacia atrás abarcando un período más largo de tiempo que en un diario. La narrativa puede comenzar con nuestro nacimiento, o aún antes, o puede estar limitada a un período en particular de nuestras vidas. Adicionalmente, puede abarcar nuestra vida en diferentes dominios,

o podemos decidir enfocar un dominio específico, como cuando una estrella de fútbol relata la historia de su carrera profesional. Nuestro estado de ánimo tiende a ser más reflexivo y de mayor auto - análisis. A medida que pasamos revista a nuestra vida, podemos mirar hacia atrás en diversas etapas - desde la infancia a la niñez, a través de la adolescencia, hasta ser un adulto. En cada etapa podemos enjuiciar qué intereses han sido constantes y cuáles han cambiado.

Ahora que hemos hecho la diferencia entre una autobiografía con el llevar un diario de vida, en el resto del documento vamos a restringir nuestra discusión a la primera. En un momento, vamos a enfocar la autobiografía como una forma escrita de autonarrativa. Pero primero queremos decir algo acerca de lo que normalmente pensamos en el momento de producir una autobiografía.

Nuestra visión de sentido común es que al escribir una narrativa acerca de una parte de nuestras vidas, estamos escribiendo acerca del pasado como si éste fuera independiente del presente. Imaginamos que nuestra tarea es reproducir para la posteridad una visión lo más precisa posible acerca de lo que nos sucedió en el pasado.

La interpretación que vamos a ofrecer aquí es diferente. Decimos que en todas las autonarrativas, incluyendo la autobiografía, estamos siempre inventando un observador histórico para nosotros en el presente y lo hacemos por nuestros intereses para el futuro. Estos intereses son constitutivos del observador que estamos produciendo en nuestras autonarrativas y, a medida que se modifican, el observador también se modifica. Podemos escribir tantas diferentes relaciones acerca de nuestro pasado, como podemos inventar observadores y ninguna de ellas será un “retrato” más preciso que otro.

¿Qué tipo de intereses tenemos al escribir nuestra autobiografía?. Nuestro interés principal puede ser, por ejemplo, en el dominio del dinero - queremos ser ricos produciendo un best seller. O podemos planificar ser famosos, abriendo así nuevas oportunidades para nosotros en los dominios de la carrera y sociabilidad. O tal vez, nuestros intereses están principalmente en los dominios de la dignidad y espiritualidad. A medida que miramos hacia atrás nuestras vidas, pensamos en el valor de lo que hemos hecho, midiendo nuestras acciones contra principios que declaramos para nosotros, explicando nuestras acciones en términos de un objetivo que nos hemos establecido. Tal vez le damos una mayor unidad y coherencia a nuestra vida, para hacerla más inteligible para nosotros y para otros, para decir más claramente quienes somos ahora y cómo llegamos a ser de la forma en que somos. Así, al inventar un observador histórico para nosotros en el presente, nos abrimos un espacio nuevo de diseño para producir una identidad en el futuro.

VIII. Escritura Autobiográfica

La autobiografía es una autonarrativa en forma escrita que, a diferencia de un diario, es normalmente producida para otros lectores y para nosotros mismos. En nuestra interpretación, estos hechos son parcialmente constitutivos del rol que puede jugar la autobiografía en el diseño del “yo”.

Cuando escribimos (excepto cuando escribimos solamente para nosotros en el presente), estamos produciendo un registro permanente, abierto a la interpretación y juicios de múltiples observadores, incluyendo aquellos aún no nacidos en nuestro lapso de vida. No podemos predecir quienes serán estos observadores ni las interpretaciones o juicios que se harán sobre nosotros. En toda escritura debemos enfrentar esta incertidumbre acerca de lo que producirá nuestra escritura. Especialmente cuando estamos escribiendo un libro u otro texto público (lo contrario de una carta, un memorándum o un informe), nunca sabremos, la mayor parte de las veces, la identidad que nuestros lectores van a construir de nosotros en su escuchar. Esto se aclara cuando especulamos, por ejemplo, sobre la forma diferente en que son enjuiciadas las autobiografías de personajes históricos actualmente, en comparación con la época en que fueron escritas.

Lo que podemos hacer al escribir, es anticipar los intereses de nuestros lectores en lo que podamos, para diseñar para ellos las conversaciones que tendrán con nuestro texto. En este acto de anticipación estamos diseñando las identidades que produciremos en el escuchar de nuestros lectores. Por ejemplo, podemos anticipar que el interés de nuestros lectores, al leer la narrativa que inventamos para nuestra vida, estará principalmente en algún dominio en particular, tal como carrera. Tal vez esperamos que ellos escojan nuestra autobiografía para emular lo que consideran nuestro éxito como atleta, político u hombre de negocios. Nuevamente anticipamos que nuestros lectores tendrán intereses históricos, sociales o culturales, específicos y que nos verán de alguna manera representativos de nuestra época, raza o clase.

También podemos tener como meta de nuestro escribir, que el lector adquiera conciencia de intereses que él o ella están descuidando o a los cuales está ciego. Esto es, escribimos en un estado de ánimo de cuidar, de compartir con ellos lo que hemos aprendido acerca de la vida, los errores que decimos que hemos cometido y la sabiduría que consideramos que hemos adquirido.

En suma, nos podemos imaginar escribiendo diferentes autobiografías para diferentes grupos de lectores, con los cuales hemos decidido producir diferentes identidades de nosotros mismos y a producir diferentes conversaciones para nuestros lectores en sus propios intereses.

Si reflexionamos sobre lo que estamos diciendo aquí, podemos ver que la seducción y la identidad son intereses presentes en todas las formas de escritura efectiva.

Escribir, incluido el escribir una autobiografía, es no sólo una conversación con el lector, sino con nosotros mismos. A medida que escribimos, podemos leer y releer lo que decimos en el texto que estamos creando, y así reflexionar acerca del cuento que estamos inventando acerca de nosotros mismos. Podemos hacer preguntas acerca del “yo” que está escribiendo, el observador de nuestra vida que estamos construyendo y los intereses que somos al escribir. Por ejemplo, podemos enjuiciar cuán honestamente nos estamos enfrentando a nosotros mismos en cada uno de los dominios permanentes de interés humanos, que progreso hemos hecho para ser adultos y que nivel de paz y sabiduría hemos logrado para nosotros mismos.

La escritura autobiográfica también nos abre oportunidades de observar más cuidadosamente los discursos históricos en los cuales nacimos o en los cuales nos hemos sumergido en diferentes épocas de nuestra vida. Entonces podemos empezar a diseñar nuestra participación en esos discursos en vez de ser arrastrados por ellos. Podemos enfrentar quiebres recurrentes que hemos producido dentro de esos discursos, abandonando algunas de nuestras viejas historias y abriendo un nuevo espacio para inventar identidades para nosotros a través de iniciar nuevas conversaciones, colocándonos en nuevas redes de escuchar y hablar, e incluso sumergiéndonos en nuevos discursos a los cuales previamente estábamos ciegos.

En nuestra interpretación, entonces, la escritura autobiográfica puede jugar un rol central en el diseño del “yo”. Al recuperar las narrativas históricas que somos, podemos entrar en conversaciones en las cuales inventamos nuestras vidas en un nuevo estado de ánimo de “adueñarnos” de la vida y con mayor confianza en nuestra capacidad de observar, producir y modificar nuestras identidades públicas en el mundo.